

Vincenzo P. Lo Monaco \*

## De la simplicidad lógica a la simplicidad ontológica en Quine

Crónica de un tránsito *interruptus*

### RESUMEN

En este trabajo presento un esbozo de la concepción de la simplicidad de Quine en la cual se establece una distinción entre simplicidad lógica y ontológica. El análisis clásico de la simplicidad en términos lógicos no proporciona relevancia pragmática, y aunque el análisis en términos del modelo de Quine puede ser ontológicamente relevante, ciertamente su relevancia no es pragmática. El principio de simplicidad es central en el aspecto pragmático de la concepción del conocimiento de Quine, porque la regla que rige los cambios básicos de esquema conceptual debe ser una regla pragmática de *eficacia en la comunicación y la predicción*. No obstante, queda de manifiesto que los argumentos quineanos a favor de la simplicidad son defectuosos para justificar el criterio de simplicidad ontológica como elección estratégica pragmática entre diferentes teorías que presentan ontologías alternativas en sus esquemas subyacentes.

*Palabras clave:* SIMPLICIDAD, ONTOLOGÍA, LÓGICA, QUINE.

### ABSTRACT

In this paper an outline of a quinean conception of simplicity is presented in which a fundamental distinction is drawn between logical and ontological simplicity. The classical analysis of simplicity in logical terms does not fit pragmatic relevance, and though analysis in terms of Quine's model may fit ontological relevance, it certainly does not fit pragmatic relevance. The simplicity principle is central to the pragmatic aspect of quinean conception of knowledge, because the standard for appraising basis changes of conceptual scheme must be a pragmatic standard of *efficacy in communication and prediction*. Quine's arguments for simplicity are nevertheless shown to be defective concerning the justification of ontological simplicity criterion as a pragmatic strategic choice between different theories offering alternative ontologies on the underlying schemes.

*Keywords:* SIMPLICITY, ONTOLOGY, LOGIC, QUINE.

---

\* Instituto de Filosofía, Universidad Central de Venezuela.

## § 0

**D**esde que los antiguos romanos dieron con aquello de *simplex sigillum veri*, la simplicidad no sólo se ha convertido en norma apreciable de conducta social, sino que ha adquirido *status* de principio metodológico fundamental en la construcción de las teorías científicas. En efecto, cualquier buen científico que se precie a sí mismo asumirá como norte la simplicidad a la hora de construir su sistema y decretar su *exequatur*. Sin embargo, la cuestión no es tan simple. Soslayando nuestras intuiciones y naturales propensiones, teorizar sobre la simplicidad presenta hoy en día el desafío de abrirse paso entre un auténtico caos de opiniones, pues mientras algunos sostienen que puede reducirse a un alta probabilidad, otros prefieren equipararla con una baja probabilidad, y hay aún terceros que le niegan cualquier parentesco con la asignación de grados de probabilidad. No es nuestra intención abordar aquí el problema lógico de la simplicidad, sino analizar cómo se la privilegia en algunas concepciones del conocimiento, particularmente en el holismo ontológico de W. V. O. Quine. De hecho, Quine ha afirmado que aceptar una ontología es en principio una faena análoga a aceptar una teoría científica: «en la medida, por lo menos, en que somos razonables, adoptamos el más simple esquema conceptual en el cual sea posible incluir y ordenar los desordenados fragmentos de la experiencia en bruto».<sup>1</sup>

El análisis que pretendemos efectuar estará articulado en tres partes. En la primera parte intentaremos disipar algunos malentendidos en torno al concepto de simplicidad. En la segunda, veremos cómo se entrelazan en la filosofía de Quine los conceptos de simplicidad y ontología. Finalmente, concluiremos el análisis con algunas críticas puntuales al concepto quineano de simplicidad.

## § 1

Antes de ver qué es la simplicidad en la construcción de teorías, es conveniente establecer qué cosa no es, pues ello nos dará pie para disipar un tríada de malentendidos muy difundidos que pueden inútilmente complicar la cuestión.

<sup>1</sup> Quine, W. V. O.: «Sobre lo que hay», en *Desde un punto de vista lógico*, Barcelona, Ariel, 1963, p. 44.

En primer lugar, la simplicidad no es un criterio de parsimonia o economía conceptual, en el sentido de una mera eliminación de complejidades. Un criterio de este tipo es un análisis del concepto general de economía dirigido a responder cuestiones tales como: «¿Es T más inteligible o psicológicamente más simple que T'?»; «¿Es T notacionalmente más simple que T'?»; «¿T facilita el calculo más que T'?», donde T y T' son conjuntos de enunciados de un lenguaje cualquiera, natural o artificial. Un criterio de simplicidad es, en cambio, un análisis de la relación general «más simple que», donde el predicado relacional «más simple» juega un papel fundamental en la elección y evaluación de teorías rivales en el contexto de la construcción formal de la base conceptual —conceptos individuales y generales primitivos— de las teorías. Esta distinción reviste cierta importancia, pues su confusión ha sido en general responsable de un buen número de objeciones, enteramente gratuitas e irrelevantes, en contra de la adopción de un criterio de simplicidad, las cuales tal vez tengan sentido si se confunden simplicidad y economía, pero dejan de tenerlo para un criterio de simplificación formal de la base estructural de las teorías.

En segundo lugar, la simplicidad no es un criterio de demarcación entre buenas y malas teorías, entre ciencia y no ciencia, aunque frecuentemente ha sido entendida así. Antes bien, exige semejante demarcación, pues ejerce su función discriminante en el marco de teorías científicas. De modo que el problema de un criterio de demarcación que habría de permitirnos distinguir las teorías científicas de aquellas seudocientíficas o metafísicas, es un problema lógicamente previo o, si se quiere, independiente de la cuestión de la simplicidad de las teorías, cuenta habida de que se asume *ex hypothesi* que la clase de los enunciados científicos coincide extensionalmente con la clase de los enunciados susceptibles con sentido de evaluación por simplicidad.

Por último, un criterio de simplicidad no es tampoco un criterio de verdad o falsedad. Vieja lección desde Carnap y Reichenbach: la cuestión de la simplicidad de las teorías es algo enteramente independiente de la cuestión de su verdad, o más exactamente, de la verdad de sus enunciados. En *Der Raum* y en *Philosophie der Raum-Zeit-Lehre*, Carnap y Reichenbach, respectivamente, mostraron, en relación con el problema de la existencia de una pluralidad de sistemas geométricos equivalentes, que la negación de cualquier carácter alético a los axiomas geométricos descartaba que éstos pudieran valer como proposiciones referidas al espacio físico. En particular, la distinción entre *espacio matemá-*

tico y espacio físico hacía que las nuevas axiomáticas del espacio-tiempo nos proporcionaran toda una cadena de axiomas geométricos, no necesariamente «verdaderos» como sistemas de definiciones pero cuya verdad podía establecerse tras una interpretación de sus términos que transformara los axiomas geométricos en enunciados descriptivos del mundo físico. De ahí la adopción del criterio de *simplicidad descriptiva*, pues al resultar imposible elegir entre sistemas equivalentes por recurso a las funciones de verdad, podía confiarse la decisión a la simplicidad de la descripción de los principios con base en los cuales se construyen los sistemas mismos.

## § 2

Me ocuparé ahora de la relación entre simplicidad y ontología en los escritos de Quine. De entrada, no podemos atribuir un significado claro a esta relación a menos que se entienda qué es para Quine la ontología. Así, pues, empecemos por analizar desde dentro el principio ontológico de Quine: «una teoría asume una entidad si y sólo si esta entidad debe incluirse entre los valores de las variables para que los enunciados afirmados en la teoría sean verdaderos».<sup>2</sup> Ahora bien, este criterio de control de las implicaciones ontológicas de una teoría le permite a Quine pasar a considerar la discusión de la matemática a la luz precisamente del campo de referencia que toda teoría sobre los fundamentos de la matemática implica en su estructura. Toda filosofía de la matemática, el igual que toda teoría lógica, posee un *tipo* de ontología. Sobre esta base, Quine reconduce las tres grandes corrientes de la filosofía de la matemática al «viejo problema de los universales», indicando en el conceptualismo, realismo y nominalismo las estructuras histórico-filosóficas en que se configuran las investigaciones en la filosofía de la matemática bajo los nuevos nombres de intuicionismo, logicismo y formalismo.<sup>3</sup> Nada hay de extraño en esto. Si disponemos de un criterio que aspira tener aplicación general, nada mejor que

<sup>2</sup> Quine, W. V. O.: «La lógica y la reificación de los universales», en Quine, W. V. O.: *Desde un punto de vista lógico*, cit., p. 154. Para una identificación bastante completa de las formulaciones y reformulaciones del criterio de compromiso ontológico que recorren casi toda la producción filosófica quineana, puede verse Lo Monaco, V. P.: *Entre presuposición óntica e inocencia metafísica. Las raíces filosóficas de la cuantificación*, Caracas, Publicaciones del Instituto de Filosofía-UCV, pp. 22-24.

<sup>3</sup> Cf. Quine: «Sobre lo que hay», *cit.*, pp. 40 y ss.

usarlo para determinar qué ontología subyace a una determinada teoría. Y tampoco han escaseado casos confirmatorios de la validez del criterio, por cierto hasta más ambiciosos que los del propio Quine, entre los que habría que contar el interesante —a la vez que asombroso— intento de Stegmüller por reconstruir desde sus orígenes toda la polémica sobre los universales a la luz de los cartabones quineanos.<sup>4</sup> Si, entonces, los diversos «tipos» ontológicos determinan las distintas estructuras de reflexión y análisis de los fundamentos de la matemática, de las teorías lógicas, de la relación entre la lógica y la matemática, está claro que las diferencias entre, por ejemplo, intuicionismo y logicismo pueden reconducirse, en relación al problema ontológico, a distintos tipos de ontología, esto es, conforme al criterio semántico referido, a la mayor o menor extensión del dominio de objetos al que remiten las variables ligadas. Pero es justamente en este punto donde, en nuestra opinión, el discurso de Quine evidencia sus limitaciones y su peculiar compromiso.<sup>5</sup> En la base de la filosofía de la matemática y de las diversas formas en que históricamente se ha desarrollado es posible verificar la presencia de una asunción ontológica, de un «esquema conceptual» particular sobre el cual se articulan las teorías conforme a ciertas y determinadas reglas de construcción; una teoría, en nuestro caso un complejo teórico que tiende a una *reconstrucción lógica* de la matemática en un lenguaje riguroso, implica una filosofía, remite a un esquema conceptual particular en el que radica la consideración de la «naturaleza» de la matemática y de sus objetos. Ello equivale a decir que la investigación sobre los fundamentos, en sus diversas formas, parte de un principio-guía, de una filosofía de la matemática como supuesto de complejos teóricos articulados. Si esto es así, y Quine lo acepta,<sup>6</sup> plantear el problema de la ontología en el terreno de la filosofía de la matemática significa sin más plantear el problema del sentido de las operaciones constitutivas de las teorías lógicas, es decir, efectuar una explicación del *presupuesto*

---

<sup>4</sup> Cf. Stegmüller, W.: «The Problem of Universals Then and Now», en Stegmüller, *Collected Papers on Epistemology, Philosophy of Science and History of Philosophy*, Dordrecht, Reidel, 1977, vol. I, cap. 1.

<sup>5</sup> Para una discusión de la distinción entre *ontología* y *compromiso ontológico*, responsable —a juicio de Quine— de muchas malinterpretaciones de su propuesta, véase Lo Monaco, V. P.: «Entre ontología y compromiso ontológico», *Cuadernos Venezolanos de Filosofía* (Caracas, UCAB), vol. 1, n° 2, 1990.

<sup>6</sup> Cf. Quine, «Sobre lo que hay», *cit.*, pp. 45 y 46.

*filosófico* que subyace a las teorías matemáticas. Se trata, entonces, de considerar, remontándonos desde el nivel de elaboración teórico-formal, el supuesto intencional que activa las construcciones teóricas y si, como pretende Quine, el problema de la ontología no es reducible a un mero problema lingüístico, remite sin duda a la discusión sobre el tipo de elección realizada. El criterio de control semántico se revela insuficiente, en este nivel extralógico. No se trata simplemente de pasar del *referens* lógico al *relatum* ontológico, sino de proporcionar un análisis que tienda a identificar las estructuras típicas de la elección filosófica subyacente a la teoría. Si esto es correcto, no estamos atendiendo ya a la parte sintáctico-semántica del principio de Quine; lo que nos interesa ahora es lo que podríamos denominar su «alcance pragmático», sobre el que a la postre parece descansar. En efecto, vemos ahora cómo el compromiso ontológico de las teorías lógicas que intervienen en los fundamentos implica metodológicamente para el análisis de su contenido una regresión de nivel respecto de aquel en que el problema de la ontología se plantea como mero problema formal; esto es, se trata de escudriñar qué hay detrás de la implicación ontológica y determinar cuáles son las estructuras constitutivas, en sentido extralógico, de las teorías. Quine escribe: «He indicado ya que el tipo de ontología que adoptemos puede ser consecuencia de determinadas necesidades, especialmente en conexión con la matemática, pero éste es sólo un ejemplo. Ahora bien, ¿cómo podemos decidir entre ontologías rivales?». <sup>7</sup> Es la pregunta crítica a la que aludíamos al comienzo y cuya respuesta el análisis de Quine orienta en términos pragmáticos:

Creo que nuestra aceptación de una ontología es en principio análoga a nuestra aceptación de una teoría científica, de un sistema de física, por ejemplo: en la medida, por lo menos, en que somos razonables, adoptamos el más simple esquema conceptual en el cual sea posible incluir y ordenar los desordenados fragmentos de la experiencia en bruto. <sup>8</sup>

Así, el discurso en torno a la ontología se desplaza paulatinamente hacia el problema de la reducción de la experiencia. Ante la exigencia radical de considerar los mecanismos evaluadores del sentido de una referencia que es constitutivamente ontológica, se hace necesario poner en discusión los términos de la experiencia inmediata y de la simplicidad en tanto criterios de organización

---

<sup>7</sup> Cf. *ibid.*, p. 42.

<sup>8</sup> Cf. *ibid.*, p. 44.

racional. Para decirlo de otro modo, lo que está en juego es el conjunto de operaciones que constituyen, de conformidad con criterios de carácter pragmático, la elaboración de los modelos teórico-formales: «Nuestra ontología queda determinada en cuanto fijamos el esquema conceptual más general que debe ordenar la ciencia en el sentido más amplio». <sup>9</sup> De ahí que la determinación de la ontología implique la constitución de un modelo que se estructura en relación directa con el plano de la experiencia inmediata y se organiza de conformidad con un ideal de cientificidad dado. El principio-guía de semejante constitución resulta ser el criterio de simplicidad; pero, se nos advierte de inmediato, «la simplicidad, como principio-guía en la construcción de los esquemas conceptuales, no es en absoluto un concepto claro e inequívoco».

A estas alturas, tratemos de repensar la cuestión dentro de los límites en que la hemos mostrado. El problema de la lógica es el problema de la ontología a la cual remite; hemos visto cómo, a su vez, el problema de la ontología se convierte en el problema de la asunción intencional de un supuesto sobre el cual se construye la red formal de la teoría; si seguimos retrocediendo hasta llegar a la raíz de tal «filosofía fundamentante», hallamos el límite en «el flujo de la experiencia» a partir del cual se constituyen los modelos y las teorías según criterios pragmáticos. Desde este punto de vista, el problema de la ontología pierde su carácter lógico y se revela en estrecha conexión con el problema de una fundamentación general de la ciencia que supere el mero nivel formal para reconsiderar auténticamente la constitución de la concreta acción humana subyacente a la complejidad teórica. Pero, como ya lo hemos indicado, ello es sólo posible si, por así decirlo, se *neutraliza* metodológicamente el factor formal; no *desde* sino *hacia* un punto de vista lógico. En caso contrario, la respuesta a la pregunta crítica en torno a la elección del esquema formal no puede ser, en rigor, distinta de la formulación carnapiana de un *principio de tolerancia* para las elecciones conceptuales que reduzca en términos lingüísticos el problema, soslayándose a la postre como problema. Desde este último ángulo, se trataría simplemente de efectuar una reducción total de los términos del problema al nivel formal —p.e., sintáctico—, en el sentido en que Carnap propone una solución sintáctica de las controversias filosóficas en *The Logical Syntax of Language*. Mas una solución de este tipo implica inevitablemente la absolutiza-

---

<sup>9</sup> *Ibidem.*

ción del plano formal respecto del nivel de la experiencia en general o, para expresarlo en términos más familiares, el recurso a la distinción entre *lógico* y *empírico*, cuestiones *internas* y *externas*, lenguaje *teórico* y *observacional*, distinción que Carnap mantiene con coherencia y que le ha de permitir aceptar finalmente, en «The Methodological Character of Theoretical Concepts»,<sup>10</sup> tras una larga polémica, el criterio de Quine, pero con la salvedad de que sólo es aplicable a un lenguaje observacional, mientras que en un lenguaje teórico siempre es posible referirse a atributos, propiedades y relaciones, sin comprometerse con la aceptación de las entidades abstractas correspondientes. Sin embargo, Quine no puede aceptar semejante solución, y no puede hacerlo simplemente porque su visión de la ciencia como una compleja red de correlaciones enunciativas implica necesariamente la inseparabilidad de las dos *fuentes* (significado y hecho) del conocimiento y de los dos *componentes* (lingüístico y factual) de la verdad. Nuevamente, compromiso ontológico y holismo marchan a la par. Por eso es posible advertir en su cautela crítica la constatación de la irreductibilidad del criterio al mero plano formal y la indicación de un éxito pragmático, sobre el cual naturalmente el debate sigue siendo candente.

### § 3

Pues bien, la pregunta no admite más demora: ¿En qué consiste la pragmaticidad del criterio de decisión entre ontologías? Quine habla a veces de un principio de simplicidad, a veces de un principio de economía. Pero, si de simplicidad y economía se trata, ¿de qué simplicidad y economía se está hablando, de las conceptuales o acaso las ontológicas? Es a buen seguro algo arriesgado afirmar, como la hace Quine, que «el poner nuestra casa ontológicamente en orden»<sup>11</sup> equivalga sencillamente a privilegiar una ontología contractivista, en el sentido de «prescindir de ciertas entidades aparentes, y no sólo en interés de la economía ontológica, sino también en el de la simplicidad de la teoría en general». <sup>12</sup> Y la razón de ello es que ha de tenerse muy presente que la

<sup>10</sup> Recogido en H. Feigl y M. Scriven, *The Foundations of Science and the Concepts of Psychology and Psychoanalysis*, Minneapolis, Minnesota Studies of the Philosophy of Science, vol. I, pp. 38-76.

<sup>11</sup> Quine, W. V. O.: *The Roots of Reference*, La Salle, Open Court, 1974; trad. castellana de M. Sacristán, Madrid, Revista de Occidente, p. 104.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 159.

economía y simplicidad en cuestión serán siempre la economía y simplicidad de la teoría, y no de las entidades. En efecto, la economía y simplicidad de una teoría son independientes del mero cómputo de sus componentes fundamentales, es decir, de sus entidades básicas. E, incluso aceptando que lo que está en juego es la ontología –cosa esta nada clara–, ¿de qué nos sirve reducir mediante una función vicaria una ontología a otra a más que para saber que estamos especificando un nuevo universo de discurso y que ambas ontologías –la exuberante y la desértica– mantienen en común una ontología de fondo (*relatividad ontológica*), si no podemos decidir entre ellas a no ser por recurso a la función intencional del sujeto deliberante?

Son cuestiones graves, a las que en la obra de Quine no parece posible encontrar respuestas. Por lo que toca a la simplicidad, entendida como principio-guía en la constitución de teorías –y, claro está, de sus respectivas ontologías–, la ambigüedad del criterio depende del hecho que no pertenece al plano formal, o mejor, no es formalizable; más bien está en la base de las operaciones de formalización o, en general, teóricas. Pues bien, mientras no dispongamos de un criterio formal de simplicidad ampliamente aceptado –y al estado actual de las investigaciones no parece posible demostrar de un modo técnico que ciertas clasificaciones ontológicas son más *simples* –i.e., más *naturales*– que otras, tal requerimiento quedará relegado a la interpretación de los científicos, lo cual suele expresarse recursivamente diciendo que el concepto de simplicidad es «pragmático». Por lo que atañe al segundo requerimiento, *nominatim* la economía ontológica, su utilidad en el lenguaje de la ciencia es bastante aleatoria, pues –para escándalo a la vez de platonistas desenfrenados y de nominalistas frugales– tampoco estamos capacitados para decidir lógicamente entre costes y ahorros ontológicos de las teorías. Goodman ha hecho grandes esfuerzos por dilucidar el término «pragmático» hablando de la «mayor inteligibilidad»<sup>13</sup> de una teoría. Sin embargo, ésta sigue siendo una estrategia oscura y el predicado «más inteligible» ofrece la misma resistencia al análisis que la expresión que aspira remplazar. Quine cae en cuenta de este hecho cuando nos dice que se trata, en el fondo, de «nuestros subjetivos criterios de simplicidad».<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Cf. Goodman, N.: *The Structure of Appearance*, Dordrecht, Reidel, 1977 (1ª. ed. Harvard, 1951), pp. 153 y ss.

<sup>14</sup> Quine, *The Roots ...*, cit., p. 161.

Pero este reconocimiento no basta para exonerar a nuestra autor de mostrar sus preferencias hacia el criterio cuestionado, pues una vez más [...]» las consideraciones que han de guiarnos en esa elección son la simplicidad y el conservadurismo». <sup>15</sup> Y en efecto, si nos amoldamos a los patrones del holismo lingüístico quineano, acorde con el cual el sistema, en virtud de sus innumerables interconexiones lógicas, reacciona como un todo unitario ante cualesquiera distribuciones de valores de algunos de sus enunciados, suscitando una redistribución de valores que alcanza incluso a enunciados que no entraban inicialmente en juego, habría que apuntar que el principio que parece guiar tal redistribución no es otro que un principio de simplicidad, identificado como «the law of least action». <sup>16</sup> Empero, Quine nunca ha sido muy explícito en lo que se refiere a los criterios de determinación de esa ley. Puesto que lo que se halla en juego es la cuestión de la ontología, se resiste a echar mano –digamos– del criterio de *simplicidad descriptiva* de Carnap o de *simplicidad inductiva* de Reichenbach. Y muy probablemente con mucha razón, puesto que resolver la cuestión de la definibilidad lógica de la simplicidad con base en la construcción de la «curva más simple» en nada contribuiría a disipar la patente indeterminación que rodea su criterio de decisión entre ontologías rivales. Mas como tampoco se inclina por definir rigurosamente y justificar cabalmente la simplicidad, a Quine no le queda en definitiva otro camino que insistir en ciertas ventajas relevantes que aportaría su adopción, cualidades apreciables que confirmarían la bondad del producto, entre los cuales se esmera en señalar el incremento de «a theory's scope» <sup>17</sup>, el favorecimiento de «the continued activity of the creative imagination» <sup>18</sup> y el estímulo hacia revisiones mínimas merced a la «familiarity of principles» <sup>19</sup>.

Como quiera que sea, y tras semejantes motivaciones, sería sensato, a su juicio, convenir en que, a la postre, «simplicity is final arbiter», <sup>20</sup> si bien cuidando de advertir que esa resistencia de la simplicidad a dejarse definir rigurosamente no habría por qué llevar al científico a desconfiar de su función,

---

<sup>15</sup> *Ibidem*

<sup>16</sup> Quine, W. V. O.: *Word and Object*, Cambridge, MIT, 1960, p. 19.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

<sup>19</sup> *Ibidem*.

<sup>20</sup> *Ibidem*.

pues «The neurological mechanism of the drive for simplicity is undoubtedly fundamental though unknown, and its survival value overwhelming»<sup>21</sup>

En cierto aspectos, es obvio que no se puede dejar de estar de acuerdo con Quine. Es sin duda preferible, *ceteris paribus*, una teoría simple que cualquier otra teoría rival. Pero ello depende también, de nuevo, de lo que se entienda por «simple». Una definición puramente lógica de la simplicidad como la que surge de los intentos iniciados por Carnap y Reichenbach<sup>22</sup> y proseguidos por Goodman y Bunge en dirección a un criterio de simplicidad sistemática,<sup>23</sup> parece difícil y —sospechamos— hasta imposible de alcanzar. Sabemos, no obstante, que Quine no se orienta en esa dirección y que tiende más bien a considerar que la simplicidad funciona esencialmente como propensión a la aplicación consciente o inconsciente de un principio de conservación, a saber, la ley del mínimo esfuerzo: *toda decisión ha de tender siempre a la preservación de aquellas partes de las teorías científicas más ampliamente aceptadas*. Surge entonces una cuestión importante que huelga destacar; esto es, que el análisis puramente psicológico de la simplicidad puede ser interesante y hasta sugestivo, pero su valor no dejar de ser aleatorio para la ciencia, en especial debido a la oscuridad que rodea a cuestiones tales como «el mecanismo neurológico de propensión», cuyo funcionamiento dista mucho de haber sido claramente establecido. La habilidad de Quine consiste en hacernos creer que nuestra comprobada conduc-

---

<sup>21</sup> *Ibidem*.

<sup>22</sup> Por lo que concierne a la «simplicidad descriptiva», pueden verse R. Carnap, *Der Raum. Ein Beitrag zur Wissenschaftslehre*, Berlín, Verlag von Reuther & Reichard, 1922, pp. 60-67; H. Reichenbach, *Philosophie der Raum-Zeit-Lehre*, Berlín, 1928, trad. ingl. *The Philosophy of Space and Time*, N. York, Dover, 1958, pp. 1-107. En cuanto a la «simplicidad inductiva», cfr. Reichenbach, *Experience and Prediction*, Chicago, Chicago University Press, 1938.

<sup>23</sup> Cfr. Goodman, «The Structure of Appearance», *cit.*, cap. III; «The Logical Simplicity of Predicates», *Jour. Symbolic Logic* 14 (1949), pp. 32-41. Se trata del criterio de «simplicidad sistemática» de Goodman, que desplaza el centro de la discusión de los axiomas o proposiciones constitutivas de la teoría a los predicados o bases predicativas extra-lógicas de los sistemas científicos. Sobre la vía abierta por Goodman, Mario Bunge ha hecho un uso polémico del principio de «simplicidad sistemática», llegando incluso a negar no sólo la validez sino la existencia misma de un criterio de «simplicidad inductiva». Cf. los dos ensayos de Bunge «The Weight of Simplicity in the Construction and Assaying of Scientific Theories» (*Philosophy of Science* 28 (1961), pp. 120-149) y «The Complexity of Simplicity» (*Journal of Philosophy* 59 (1962), pp. 113-135); también, del mismo Bunge, *The Myth of Simplicity*, Prentice Hall, 1963.

ta a preferir lo más simple es en sí misma provechosa, pero no demuestra que realmente lo sea.<sup>24</sup> Además, la atracción intuitiva hacia lo más simple no garantiza ninguna seguridad para formar teorías correctas o bien establecidas; por tanto, lo más simple (con criterio de propensión psicológica) puede pasar honradamente por lo que la mayoría creará como más verdadero, pero que rara vez resultará tal. En efecto, y por lo que a este último punto se refiere, la historia de la ciencia se halla plagada de casos que constituyen otros tantos ejemplos en que los «mecanismos neurológicos» inclinaron la balanza a favor de la aceptación de teorías simples pero falsas, en detrimento de teorías competidoras complejas aproximadamente ciertas. Así, pues, pese al reconfortante intento de Quine por apaciguar nuestras inquietudes, persiste sin embargo la sospecha de que el andarivel de las motivaciones psicofísicas es quizás el menos apto para encarrilar una cuestión tan indeterminada como la consolidación de la simplicidad como criterio de decisión entre ontologías rivales. Por una vez, puede negarse el dictum: *Symplex sigillum veri*.

---

<sup>24</sup> En *Theories and Things* (Cambridge, Harvard University Press, 1981, pp. 2-5 y 72-73), Quine insiste de nuevo en la simplicidad como mecanismo de cabeza de puente a través del cual la ciencia vincula una experiencia sensorial con otra. Sin embargo, tampoco ahí es posible encontrar siquiera una simple ilustración de cómo efectivamente funciona semejante mecanismo.